

Paulo VI: figura y responsabilidad del empresario moderno

• ARGENTINO MOYANO COUDERT

"LA Iglesia se da cuenta de la asombrosa novedad del tiempo moderno... Todos saben que la humanidad está en vías de grandes transformaciones, alteraciones y progresos que cambian profundamente no sólo las formas exteriores de vida, sino también sus modos de pensar; su pensamiento, su cultura, su espíritu, se modifican íntimamente con el progreso técnico, científico y social... El espíritu evangélico de pobreza no nos dispensa de la comprensión del hecho económico, agitado y fundamental en el desarrollo de la civilización moderna... dando a la riqueza y al progreso que ella puede engendrar la justa estimación que le corresponde... desearo que los bienes económicos no se conviertan en fuente de lucha, de egoísmo, de orgullo entre los hombres". Son afirmaciones del actual Pontífice en su reciente encíclica.

La humanidad vive tiempos nuevos. Debe enfrentar y solventar problemas in-

sospechados a otras generaciones. Innovaciones profundas en todos los campos. También en el económico-industrial. Estamos viviendo el tránsito, cada día más acelerado, de una sociedad burguesa-capitalista a otra industrial y socializada.

Característica propia del mundo moderno es su tendencia definida y creciente a organizarse como una gran comunidad de trabajo. Tendencia que se marca claramente dentro de cada comunidad política. El trabajo y su organización; la producción y distribución de bienes y servicios, el uso racional y sistematizado de los recursos científicos, técnicos, económicos y sociales, una actitud de conquista agresiva —también sistemática— de la naturaleza para poner al máximo sus recursos bajo el dominio del hombre, son notas que tipifican la sociedad actual.

En la sociedad moderna "que se caracteriza por estar condicionada y plasmada por el fenómeno industrial", la figura del empresario adquiere relieve, im-

portancia fundamental, responsabilidad no fácilmente medible. Paulo VI en su discurso del 8 de junio al XI Congreso Nacional de la Unión Cristiana de Dirigentes de Empresa, se refirió a la figura y responsabilidad del empresario moderno. El tema es delicado, las palabras pontificias son sobrias y pensadas, al mismo tiempo decididas y orientadoras. Intentaremos su análisis.

LA FIGURA DEL EMPRESARIO

"Vosotros sois los representantes típicos de la sociedad moderna". Cada sociedad, según sus características y los valores que encarna, produce su "representante típico". El medioevo produjo el caballero, el imperio español el hidalgo, Inglaterra victoriana el gentleman. La sociedad moderna "condicionada y plasmada por el fenómeno industrial", ha producido también su tipo representativo, encarnación de los valores y dinamismos de nuestro mundo moderno: el empresario. "La posición que ocupáis en el mundo de hoy es eminente, es estratégica, es representativa".

"Os consideramos lo que sois": generadores de trabajo; transformadores de la sociedad. Organizadores de empresas, productores de riqueza, creadores, por lo tanto, de fuentes de trabajo, impulsores de formación y capacitación profesional. La capacidad organizativa, técnica, el espíritu de impulso y de riesgo del empresario moderno se ha mostrado capaz de proporcionar trabajo y bienes a enormes multitudes. Los bienes y servicios a disposición de la humanidad actual —mayores casi sin comparación a los que dispusieron generaciones anteriores—, ¿serían posibles sin la presencia y labor del moderno empresario?

"Transformadores de la sociedad mediante el despliegue de las fuerzas operativas". Los recursos de la ciencia y de la técnica, por obra del impulso organizativo del empresario, se convierten en fuerzas transformadoras de la sociedad, abren posibilidades de nuevos niveles de vida y de un más amplio desarrollo personal y comunitario. "Como los maestros y los médicos, figuráis entre los principales transformadores de la sociedad —los que más influyen en las condiciones de la vida humana— y le abren nuevos e inesperados desarrollos". Es un cosmos abierto por los investigadores y científicos a nuevas exploraciones, son los empresarios quienes lo abren a nuevas conquistas. Así lo reconoce el discurso pontificio.

"Vuestra función es necesaria". Al margen del juicio ético que pueda merecer la actuación histórica del empresario moderno, "en una sociedad que del dominio de la naturaleza saca su vitalidad y su grandeza" y que, día a día, acentúa su carácter orgánico y técnico, la presencia, la capacidad, la potencia dinámica del empresario se convierte en "indispensable". Quien, serena y objetivamente, observe la realidad histórica y social que nos rodea, no puede desconocerlo. El Pontífice quiere reconocer públicamente "la importancia" del quehacer empresario y de lo que este quehacer tiene de bueno "en muchísimos aspectos".

LOS RESULTADOS DRAMATICOS

"En el reino producido por la civilización industrial" del cual el empresario ha sido en buena medida agente y promotor, abundan las tensiones y conflictos, los desórdenes, los peligros y los dramas humanos y sociales:

- El fenómeno de la organización moderna del trabajo no es un modelo de perfección, de paz, de justicia, ni de tranquilidad. Antes lo contrario. La historia, y la realidad objetiva, lo están mostrando.
- Surge en casi todas partes la aversión de los trabajadores contra los empresarios. Para los empresarios las relaciones laborales son motivo de disgustos y contrariedades. Son señalados con frecuencia como "capitalistas y únicos responsables" de las injusticias sociales.
- La empresa que "por exigencia constitucional" es una comunidad, la encontramos convertida en el mundo moderno, "todavía hoy, en un choque de espíritus y de intereses". El empresario es blanco de la diatriba social. En la empresa moderna "las estructuras mecánicas y burocráticas funcionan perfectamente, pero las humanas, todavía no".

"Debe haber algo profundamente equivocado, radicalmente insuficiente en el sistema mismo" que origina semejantes tensiones sociales. El sistema económico actual, "generado por el liberalismo manchesteriano, que todavía perdura en la concepción de la unilateralidad de los medios de producción" y en la actividad centrada sobre el lucro como fin de la actividad económica, "no es la paz, no es la perfección, no es la justicia", puesto que

- "divide a los hombres en clases irreductiblemente contrastantes",
- "caracteriza a la sociedad por las discordias profundas y desgarradoras que la atormentan",
- "genera una lucha sistemática e implacable que debería llevarla a la imposición de una clase sobre la otra", lucha

apenas contenida por las normas legales y treguas momentáneas.

EL MENSAJE CRISTIANO Y PERSPECTIVAS

- Los problemas sociales no pueden encontrar solución en un sistema económico cerrado sobre sí mismo, que olvida la actividad económica como "actividad moral" y no tiene presente la vida del hombre "en su complejidad y totalidad, en su dignidad y en su superior e inmortal destino". "La falta de factores espirituales" es en gran parte la causa de las deficiencias e injusticias de la civilización industrial.

"El coeficiente religioso es necesario para la mejor solución de las relaciones humanas" en el mundo industrial. No puede ser empleado como un simple correctivo "paternalista y utilitario" en orden a prevenir "la explosión pasional y fácilmente subversiva de la clase trabajadora". La dignidad del hombre y el coeficiente religioso deben servir, para descubrir las deficiencias del actual sistema económico y para sugerir otro tipo de relaciones laborales y económicas que hagan "prevalecer la primacía del hombre".

"Hay que salir de la fase primitiva de la era industrial" fundada "en la economía del beneficio unilateral, es decir, egoísta". Los grandes transtornos sociales nacen del planteo materialista de la vida, "imputable no sólo a los que del viejo materialismo ateo hacen un dogma fundamental, sino también a los que colocan el becerro de oro en el lugar que corresponde al Dios del cielo y de la tierra".

"La aceptación del mensaje cristiano constituye un sacrificio", porque es un

mensaje "de responsabilidad, de renuncia, de temor" que exige superación del propio egoísmo para restablecer una auténtica jerarquía de valores que haga de la economía "un servicio indispensable e incluso un ejercicio de amor". Mientras que para las clases no pudientes el mensaje cristiano es un mensaje de "bienaventuranza y de esperanza". Pero sólo así el empresario moderno tendrá "la dignidad propia del benefactor social y la íntima satisfacción de haber dedicado sus energías prodigiosas a algo que vale y que queda".

"Comprendemos perfectamente las dificultades interiores y exteriores" que se oponen a una estructuración de la sociedad en base al concepto cristiano de la vida y a una reconstrucción del orden económico según estos mismos principios. Se requieren "visiones nuevas, amplias y universales del mundo". A ellas el curso de la historia nos está invitando y el cristianismo nos estimula. El camino se encuentra "ya abierto por las líneas de desarrollo de la sociedad moderna".

El desarrollo social de la humanidad contemporánea avanza hacia una concepción y realización del bien común, que exige la superación del individualismo de los intereses y de una mentalidad que "todavía opone

- el capital al trabajo,
- el beneficio propio al bien público,
- la concepción clasista a la concepción orgánica de la sociedad,
- la economía privada a la pública,
- la iniciativa privada a la racionalmente planificada,
- la autarquía nacional al mercado internacional,
- el beneficio propio al beneficio de la fraternidad humana.

Tarea no simple que reclama virtud y técnicas nuevas. A los empresarios corresponde "ser pilotos en la formación de una sociedad más justa, más pacífica, más fraternal". Sociedad que no se construirá sin el aporte de "las ideas dinámicas, las iniciativas geniales, los riesgos saludables, los sacrificios bienhechores, las previsiones valientes" de los hombres de empresa. Ni se dará "sin la fuerza del amor cristiano".

El discurso pontificio es claro, duro, decidido y esperanzado. En la exhortación final el Papa justifica su lenguaje y su claridad, recordando que por misión propia es su

- "defensor de los humildes,
- abogado de los pobres,
- profeta de la justicia,
- heraldo de la paz,
- promotor de la caridad".